

## EL BANCO

A nadie le gusta que le despierten de una larga siesta.

Lo razonable es abrir los ojos cuando a una le apetece, estirarse un poco y decidir con calma si merece la pena empezar el día.

A mí no me dieron esa opción.

Yo estaba perfectamente instalada en un lugar cálido, oscuro y tranquilo donde el tiempo transcurría con una lentitud agradable. No había ruido ni prisas y, lo más importante, nadie esperaba nada de mí.

De pronto todo empezó a moverse.

Una presión extraña, un empujón, una luz que insistía en aparecer al fondo de algo que solo más tarde supe que llamaban túnel.

Comprendí entonces que alguien había tomado la decisión de que mi siesta había terminado.

Y así, bastante a mi pesar, comenzó mi vida.

Mucho antes de que decidieran que ya era hora de enviarme al mundo sin consultarme, mi madre estaba sentada en un banco de un parque con un libro abierto entre las manos. Le gustaba leer al aire libre. Decía que las historias respiraban mejor entre árboles.

Una brisa levantó las hojas del libro.

Cuando alzó la mirada vio a un hombre que acababa de terminar de correr por el sendero de grava. Sus miradas se cruzaron apenas un parpadeo.

A veces la vida entera empieza así. Con una mirada. Ese hombre se acercó al banco y se sentó a su lado.

Durante un tiempo fueron felices. Compartieron paseos por el parque, cafés entre susurros y libros abiertos sobre la mesa del salón. Mi madre le enseñó a disfrutar de la lectura; él le enseñó la importancia de hacer deporte, a correr temprano cuando el cielo se tiñe de ese zafiro bruñido que solo dura un suspiro.

Pero la vida no siempre avanza por el camino que uno imagina.

Una tarde de noviembre supieron que yo venía en camino. Mi madre gritó de alegría. De mi padre no llegó ningún sonido.

Aquel vacío, a veces, es el primer paso hacia la distancia.

Era febrero cuando ella acudió sola a una revisión en el Hospital Universitario de Fuenlabrada. Las pruebas fueron bien. Yo crecía fuerte. Pero al volver a casa encontró el armario vacío. En la mesa quedaba una nota breve.

Él se había marchado.

Durante un instante el mundo pareció detenerse. Después mi madre apoyó la mano sobre su vientre. Respiró hondo. Yo, desde mi pequeño apartamento prenatal, intenté hacer lo único que estaba a mi alcance: le di una patadita. No era exactamente un abrazo, pero dadas las circunstancias logísticas, era lo mejor que podía ofrecer. En la siguiente revisión volvió a ir sola al hospital. Una enfermera debió de notarlo. Quizá porque nadie la esperaba en la sala. Quizá porque algunas ausencias se reconocen sin necesidad de palabras. Mientras le tomaba la tensión, le apretó suavemente la mano.

—No estás sola —le dijo con una sonrisa—. Aquí cuidaremos de las dos.

Mi madre asintió entre lágrimas. Y por primera vez en mucho tiempo se sintió arropada. En una de aquellas revisiones la llevaron a una ecografía. De pronto apareció aquella especie de ventana luminosa y comprendí que me estaban espiando. Así, sin más. Intentas dar una cabezadita digna y siempre aparece alguien mirando, señalando, midiendo cosas. Yo decidí hacerme la dormida. Es una estrategia muy útil en la vida: cuando no sabes qué está pasando, finges dormir y esperas que el problema se vaya solo. Pero ahora, pensándolo bien, quizá debería haberme girado lentamente, mirar directamente a aquella cámara extraña y soltar un buen ¡Bú! Habría sido un momento memorable poder verles las caras. Una lástima no haberlo pensado a tiempo.

Los meses siguientes no fueron fáciles. Hubo noches largas y mañanas llenas de dudas. Pero mi madre siguió adelante con una tranquilidad que quizá ni ella misma sabía que tenía. Caminaba por el parque, leía en aquel mismo banco donde conoció a mi padre y hablaba conmigo en voz baja.

En el hospital fue aprendiendo, poco a poco, a escuchar su propio cuerpo. Le enseñaron a respirar con calma, a reconocer los cambios del embarazo y a cuidar la vida que crecía dentro de ella cuidándose también a sí misma. También mencionaron la **salud** mental: ansiedad, estrés, miedos...; todo bastante razonable cuando una está a punto de traer a otro ser humano al mundo. No entendía tanto alboroto. Personalmente, yo estaba muy bien allí dentro.

Nací una noche de junio.

Tras el esfuerzo del parto abrí los ojos y me encontré con la matrona y medio hospital mirándome con una sonrisa. Créanme, en otras partes del mundo esta historia empezaría de una forma bastante menos optimista. O terminaría aquí.

Había atravesado mi primer túnel y el mundo me esperaba.

Crecí entre cuentos y paseos por el parque. Mi madre me contaba historias en aquel banco mientras yo merendaba. Allí aprendí a caminar, a correr y, con el tiempo, a leer para después aprender a escribir.

Y la vida siguió su curso. Formé mi propia familia. Ahora soy yo quien se sienta en ese mismo banco donde comenzó todo. Tengo un libro abierto entre las manos. El sol de la tarde me calienta la cara. A lo lejos escucho las risas de mis nietos corriendo entre los árboles.

Cierro el libro despacio.

Pienso en mi madre, en su valentía silenciosa, en el día en que decidió que la vida podía seguir adelante en soledad.

Pienso también en aquella oscuridad tibia de mi primer recuerdo.

Sonrío.

El sol sigue calentándome el rostro mientras cierro los ojos y escucho los gritos de los niños mezclarse con el viento entre las hojas. Qué buen momento para una siesta.

Y entonces lo acepto con una serenidad inesperada.

Veó esa luz lejana y otra vez me interrumpen el sueño.

Las risas de mis nietos ya suenan muy lejos.

Creo reconocer la silueta que me saluda al final.

Ha llegado el momento de atravesar el último túnel.